

BASILEA

Dejo á Lugano, ciudad suiza, hablando en italiano; llego á Basilea, sin salir del territorio de la República, y encuentro á la gente hablando en alemán. Te aseguro que me sorprendi, como el portugués del cuento. Es claro que yo conocia teóricamente el hecho; pero en la práctica ¡me parecía tan raro! Me hacía, francamente, el efecto de una extravagancia.

¡Del italiano al alemán! ¡Y esto en cuatro horas de viaje! No me parecía serio.

Ver asomarse de repente á la ventanilla del tren una cara que me mira seriamente y, por debajo del bigote rubio, arroja hacia mi una serie de sonidos, especie de pequeños estornudos, y espera mi contestación, fué algo que me impuso un verdadero esfuerzo para no soltar la risa.

No me había dado cuenta de que el tren había andado algunas leguas; y como, por otra parte, no había salvado frontera alguna, me costaba un

grande esfuerzo el convencerme de que era natural que aquel hombre me hablara de una manera que mi oído, en su limitado y torpe instinto, juzgaba estrafalaria.

Entonces es cuando los hombres de raza romana no podemos menos de bendecir el predominio conquistado por Francia en Europa. Por él las lenguas romanas, hijas de la gran madre latina, triunfan y se imponen y se hacen inteligibles en el mundo, representadas por su vigorosa hermana la francesa.

Así como cuando nos alejamos de dos puntos relativamente cercanos, vemos acortarse la distancia que á estos separa, hasta creer que se confunden en uno sólo cuando nuestro alejamiento es muy grande, así sentimos que se funden en una sola lengua todas las lenguas latinas, y en un sólo pueblo todos los vinculados por ellas, cuando, de sorpresa, como á mi me aconteció ayer, oímos á las gentes hablar alemán entre sí, y dirigirnos en su lengua la palabra.

Pero ese predominio de la lengua francesa está muy distante de ser tal que evite el inmenso vacío de que uno se siente rodeado en tierra cuya lengua ignora.

Suele decirse con insistencia que, hablando francés, se puede viajar con provecho por el mundo entero sin dificultad.

Mi impresión en esta tierra de lengua alemana, que ignoro desgraciadamente, rectifica esa afirmación en absoluto.

Es cierto, como antes te decía, que el francés nos sirve para hacernos entender en lo indispensable: para pedir pan si tenemos hambre, para pedir rumbo si estamos extraviados en el camino; y, sobre todo, para comunicarnos con algunas personas cultas.

¡Pero esta soledad en medio de la multitud!

¡Esta estupidez que uno siente en sí mismo cuando ve que el pensamiento de todos los demás es impenetrable para uno, que no puede participar de la vida interior de sus semejantes, ni hacer á estos partícipes de la propia!

Eso es desesperante: me hace, en el orden moral, el mismo efecto que las tinieblas en el orden físico.

La palabra es el resplandor del alma.

Oír una frase en francés ó en italiano en medio á los sonidos de la lengua ignorada que á uno lo rodean, es lo mismo que ver un rayo de luz en la obscuridad en que uno está envuelto; ahí se ve un alma, dice uno, un pensamiento, un hombre. Se experimenta el impulso instintivo de seguir aquel rayo de luz, de acercarse á aquel hombre para sentirlo pensar.

¡Y si esa frase llega á ser en español, en la lengua materna!

Entonces es cuando se ve palpablemente la unión íntima entre el pensamiento y la palabra; el carácter innato de esta es el ser inteligente y libre.

Entonces es cuando los hispano-americanos comprendemos que, no solo por afecto, sino *por interés*,

debemos contribuir á la gloria y al prestigio de la madre España. Todo el terreno que esta gane en Europa, es terreno ganado para nuestra lengua, es decir, para nuestro espíritu.

La palabra en si misma, ya desprendida del labio humano, es algo substancial sin ser material; es idea que anda, vibración que piensa, alma que pasa.

Por eso cuando esa palabra tiene la forma que nosotros damos á nuestro pensamiento; cuando se oye la frase española que brota anónima de entre una multitud que habla una lengua desconocida, se ama instintivamente ese sonido, prescindiéndose de lo que él expresa; se ama esa vibración ajustada al ritmo de nuestro espíritu.

Por eso un mismo pensamiento, expresado en dos lenguas radicalmente diferentes, deja de ser idéntico.

Por eso el verso, que es la música de la palabra, no puede traducirse de una lengua á otra; en él el sonido mismo es idea, sugestión: cambiar sonido es variar el concepto artístico.

En una de mis cartas anteriores te describía las aclamaciones de que fué objeto el Papa cuando entró á la gran capilla de San Pedro, y la viva impresión que esa escena me causó.

Pues bien; dentro de esa impresión general, yo senti entonces otra que la asociación de ideas trae en este momento á mi memoria.

Yo oía conmovido los clamores de ¡Vive le Pape! ¡Viva il Papa Re! Pero recuerdo bien que sólo

llegó á su colmo mi profunda emoción cuando oí una voz que descollaba entre las otras y que decía: ¡Viva el Papa!

Esa llevaba mi alma; en esa y sólo en esa flotaba en aquel ambiente de entusiasmo filial mi espíritu; ese era mi verbo; era yo.

Y si eso es evidente: ¿cómo puede hallarse bien el hombre allí donde no sólo no se habla su lengua, sino que los sonidos humanos que lo rodean, los signos gráficos fijados en las paredes, todo, en fin, lo que es revelación de lo interior del hombre es cifra misteriosa?

Nó: no es posible viajar con provecho, y mucho menos con agrado, sin conocerse el idioma del país en que se viaja: para mí, al menos, es un suplicio.

Yo, en mis viajes, me detengo muchas veces á ver jugar en una plaza, por ejemplo, un grupo de niños. Es para mí un placer indefinible oírlos gritar en italiano, en francés, comprenderlos, penetrar en sus almas al través de sus ojos todo niñas; ver en ellos el germen del hombre italiano ó francés; dirigirles alguna vez la palabra y observar la sorpresa que les causa, ya mi entrometimiento, ya mi acento extranjero que es para ellos una novedad que les hace sonreír. ¡Si lo es para mí mismo!

Otras veces me detengo cerca de un grupo de gente del pueblo que trabaja, que comenta un suceso, que discute ó riñe, que bebe en una cantina al aire libre: leo con atención los letreros, las muestras.....

Recuerdo que, en Génova, por ejemplo, me hizo mucha gracia y encontré muchísimo carácter en un letrero colocado en el interior de una pequeña taberna al pie de una imagen de la Madona.

El letrero decía: *E vietato cantare*. ¡Está prohibido cantar! ¿No es verdad que ese letrero revela que allí el uso del canto puede llegar al abuso?

Todos esos son datos que el viajero tiene que recoger, si su observación no ha de limitarse á examinar cosas, edificios, prescindiendo de examinar hombres, el factor mas interesante....

De ahí que mi sorpresa, al hallarme inesperadamente con gentes que hablaban alemán, no me fuera grata. Sentía vacío en torno mio: el ambiente no pensaba, los sonidos articulados eran mudos como muertos que andaban por el aire mirándome con ojos sin expresión.

Y no extrañes que, en el camino de Lugano á Basilea, el cambio de lengua me haya tomado de sorpresa. Estábamos atravesando la Suiza, y los encantos de su naturaleza absorbían por completo mi atención.

Yo devoraba con los ojos aquellos paisajes que se desplegaban ante ellos y huían sonriendo, rápidos como la infancia: procuraba trazar en mi libro de viaje una nota, un signo siquiera que me permitiera mas tarde reproducir en mi memoria aquella espléndida mancha de color y su repercusión en mi alma; que impidiera que la impresión

que experimentaba se hundiera para siempre en la sombra del espíritu pasando al través de la conciencia sin dejar huella, como el rayo de luz pasa por las tinieblas que vuelven á cerrarse trás él.

Desgraciadamente el fenómeno es inevitable.

¿Cuántas hermosas impresiones dormidas ó muertas tenemos aquí dentro, en nuestro espíritu!

¿Estarán sólo dormidas?

Acaso sí. Muchas veces despierta alguna en el recuerdo, y se nos aparece nitida y transparente: es la menos esperada, la que no llamamos, quizá la que no deseamos, la que hubiera podido suponerse muerta para siempre, ó tan débil, que jamás se la hubiera creído con fuerza suficiente para alzar la losa del tiempo que la cubria, y sobre la cual habian caído otras impresiones pesadas como montañas.

Y, sin embargo, se levanta de repente; se impone imperiosamente, y nos hiere el alma ó nos la llena de melancolía. Viene á veces de lejos: de la niñez, de la primera juventud.

¿Se alzarán alguna vez todas juntas nuestras dormidas sensaciones?

¿Se levantarán un día á la voz del arcángel que golpee los sepulcros diciendo: *Ossa arida audite verbum domini?*

Oh! sí. Ese será nuestro juicio.

Las notas dormidas en las cuerdas del arpa inmortal, que hoy suelen despertar dispersas y melancólicas, despertarán unidas un día para formar el tremendo acorde de la vida humana: las cuerdas

vibrarán con vibración inaudita y eterna, y nuestros oídos oirán, y nuestros ojos verán en un segundo, sonidos y colores de una vida.

No han muerto nuestros actos olvidados; existen nuestros recuerdos desvanecidos. Cuando se nos aparece uno de ellos, inesperado, es el nuncio de una época muy remota que nos dice claramente que, como él, viven todos sus compañeros, y que, como él, todos y cada uno de ellos son para nosotros, con sólo presentarse, tristeza ó alegría, placer ó amargura, infierno ó paraíso.

Y sin embargo, el dulce recuerdo de ayer se borra; la fresca impresión se desvanece. Nos es imposible detener el instante feliz que huye, dejar su huella siquiera en el alma que siente, para llamarlo á nuestra ayuda en el momento oportuno. Hay recuerdos viejos que podrían curar heridas nuevas, y hasta hacer primaveras en los inviernos del alma. Pero nuestros recuerdos no nos pertenecen; se mueven obedeciendo á una voluntad; mas esa voluntad no es la nuestra.

El paisaje de los lagos ha pasado. Lugano y Como, el Mayor y el de Lucerna, quedan allá dormidos en el fondo de las colosales y rotas copas de piedra formadas por las rocas que los circundan.

El río Tesino se extiende hasta Belinzona, que blanquea en la convergencia de dos verdes montañas, atravesando un valle plano y extenso en que brillan los infinitos matices del verde, desde el ver-

dinegro de las hayas y las encinas, hasta el verde claro de los renuevos de la parra cuyas yemas reventan al amor del sol.

Vamos á la montaña, á la gran montaña que separa la Europa central y septentrional de la meridional. Vamos hacia arriba, sin temer que se oponga á nuestro paso el San Gotardo. Pasaremos al través del monte por la herida que ha abierto el genio en el corazón del gigante, atravesándolo de parte á parte, en la lucha que con él libró en la región de las nubes y de las eternas nieves.

A medida que subimos, cruzando valles encantadores, las montañas toman nuevo y espléndido carácter. El tren recorre la hondonada á lo largo del río que rueda en el fondo; las montañas se alzan, á derecha é izquierda, verdes las unas, azules ó negruzcas las otras, y envueltas todas en transparentes medias tintas. La luz, el sol, el fulgor reverberante no llega hasta ellas: están allá en el fondo, allá arriba donde, cerrando en lo alto la convergencia de las montañas de primer término, se empinan hasta las nubes las últimas cumbres nevadas, refractando en su inmaculada blancura la espléndida irradiación solar.

De trecho en trecho, á cada paso, á derecha y á izquierda, de entre el verde de la vegetación agarrada á las piedras, desde lo más alto de la montaña, se desprenden grandes chorros de agua que caen en resonante cascada; choca esta y rebota en las rocas, blanca como la nieve de la lejana cumbre, y se estrella y se pulveriza en ellas hasta parecer

humo blanco exhalado como un aliento por la roca misma.

Brotó la cascada de dos ó tres puntos diferentes, y se une y vuelve á bifucarse ó trifucarse, hasta caer y confundirse en el río que corre á nuestros pies, formando cercos de espuma al rededor de las piedras que se oponen á su paso.

Y como estas son tantas y tan grandes; como es tan áspero y desigual y pendiente el lecho del recién nacido río, este corre blanco como leche transparente en ebullición. A medida que se sube, el río ya no corre; salta, hierve, se encabrita, se revuelve en una serie de pequeñas cascadas ó remansos blancos que giran en el seno diáfano de las aguas: es la continuación de las cascadas de la cumbre que van desatentadas y vertiginosas á buscar descanso allá en el regazo de los grandes lagos que acabamos de cruzar, y que hemos dejado inmóviles y serenos á nuestra espalda.

A veces la cascada surge de una roca escueta, calva y negra; al pulverizarse en ella, la envuelve en una gasa brillante que recuerda esos velos de azúcar que cubren los grupos de naranjas de la confitería: otras veces corre rápida y silenciosa como si quisiera no ser observada, trazando una grieta blanca en la roca negra. Pero siempre el agua es lactea, rica de aire, de frescura y de vida.

El color y la composición del paisaje cambian á medida que nos vamos acercando á las cumbres.

Ya las montañas que nos circundan no buscan el plano del valle desenvolviendo su falda en una curva verde y alegre: se rocortan perpendiculares, negras y agrietadas horizontalmente, como muros de castillos colosales, cuyas almenas y torreones se elevan redondos en las cumbres. En las grietas de esos ciclópeos muros, como el musgo en las ruinas, brotan los pinos verdinegros que suben alineados y paralelos entre si, desde la falda hasta la cima del monte: parecen ejércitos que van hácia arriba, que escalan apresurados el muro, y coronan victoriosos las almenas.

Pero el sol no alumbró aún de lleno este hondo paisaje; sólo penetra á él alguna que otra ráfaga de luz solar que lo toca y pasa, que abrillanta un grupo de pinos ó una roca, dejando envueltos en sombra los de al lado ó los de enfrente. La luz está aún detrás, allá en lo alto, donde asoman los picos nevados, en cuyo seno las nubes están dormidas al sol; éste las hace transparentes y confunde sus bordes inferiores con la nieve misma, comunicándoles su blancura. Esas nubes parecen nieve desflocada y flotante, blanca, purísima; nieve convertida en nube: plumones dejados en el aire por un cisne que acaba de desprenderse de la blanca cima para sumergirse y desaparecer en la serena transparencia azul.

Salimos por fin de la última hondonada, para llegar á la región de la luz. Allí, frente á la estación de Airolo, la patria de Guillermo Tell, está la montaña que un día pareció infranqueable: allí, al pie

del monte, está la boca del tunel de San Gotardo, por donde penetra el tren silbando, para recorrer quince kilómetros en las entrañas de la tierra.

Cuando entré al tunel colosal, el mayor del mundo; cuando los viajeros comenzaron á cerrar las ventanillas para evitar la molestia que ocasiona la respiración del aire impregnado de humo y de humedad; cuando me convencí, por fin, de que estábamos en el seno de la tierra, en el centro del túnel, á una distancia de seis ú ocho mil metros de ambos extremos, yo sentí una especie de sobrecogimiento.

No era un sentimiento de pavor ó temor el que embargaba mi ánimo, ciertamente; no era la montaña la que gravitaba sobre mi espíritu: era algo más grande y más ponderoso que ella: era la leyenda del túnel, el triunfo del genio y del esfuerzo humanos, representado por aquel agujero en que el tren se habia introducido como una vibora que se arrastraba con vertiginosa rapidez entre la sombra en busca de la luz del otro lado del monte.

Yo sentía indudablemente una impresión semejante, aunque de distinta naturaleza, á la que experimenté al hallarme por primera vez bajo la cúpula de San Pedro en Roma; al penetrar al Salón de Murillo y Velasquez y Ribera en el Museo del Prado de Madrid; al mirar de cerca el Hércules Farnesio ó el Moisés de Miguel Angel ó la Venus Capitolina; al alzar la cabeza para contemplar desde

su base la torre inclinada de Pisa, ó al atravesar el dintel del Monasterio de la Rábida y pasear por su silencioso claustro.

En ese caso, la exclamación que acude al labio no es de admiración á la obra que se contempla; es de admiración al hecho de estarla uno contemplando por fin. No se dice, en presencia del Moisés ó de la basilica romana, ¡qué actitud! ¡qué luz! ¡qué movimiento! ¡qué grandiosidad! Se dice: ¿Conque éste es el Moisés? ¿Esta, al fin, es la cúpula de San Pedro?

Y se permanece en silencio.

Impresión es esa muy difícil de analizar: no es el cuadro, no la estatua, no la linea arquitectónica solamente lo que produce la gran impresión.

No es el juicio propio sobre la grande obra lo que subyuga el ánimo, al hallarse por primera vez en presencia de ella.

Es el prestigio de la admiración universal acumulada en un lienzo, en un pedazo de mármol, en un muro vetusto y agrietado. Después sobreviene el goce de ratificar esa admiración, agregando la propia á la del mundo entero; goce positivo é indudable, especie de sufragio universal que vigoriza cada vez más en su trono incommovible la dinastia inmortal de las obras del genio humano. Pero como el juicio propio no puede formarse en un instante, el espíritu flota desatentado entre los recuerdos é impresiones que la gran obra despierta, sin detenerse en ninguno, sin definir su estado, sin fijarse en un sentimiento determinado. Y esa

falta de percepción fija en nuestro espíritu, ese paso de una á otra sensación vaga é indefinible, ese esfuerzo por sentir mucho sin sentir nada, es el vértigo, el iniciarse del vahido, casi el miedo.

Eso llega á tomar en mí el carácter de una verdadera enfermedad. Si yo dijera que, aunque de pie, sufrí un vahido con sudores fríos y pérdida de conciencia por un momento, cuando entré por primera vez al Museo del Prado de Madrid y me sentí bajo los cielos de Murillo, acaso no se me creería. Y sin embargo es verdad. Nadie que no lo experimente, puede imaginarse lo que yo padezco para gozar de las grandes impresiones; lo que yo sufro en un viaje; las soledades que se forman en torno de mi espíritu; los vacíos morales de algunos segundos, especie de paréntesis de la vida, que pasan por mí como relámpagos oscuros. La impaciencia febril por sentir *lo que voy á ver* casi me impide sentir lo que estoy viendo; mis facultades y mis sentidos no se concentran en lo que se ofrece á ellos porque están absorbidos por lo que se les vá á ofrecer después, por lo desconocido, que siempre es infinito, abrumador. De ahí que yo no pueda producir gran cosa literariamente: encuentro siempre desalentador lo que estoy haciendo, porque mi espíritu está siempre distraído por lo que viene después, receloso de ello, como si sintiera sobre mí la mirada fija y terrible del vacío que reclama ser poblado por nuevas creaciones que yo no podré evocar. Me asusta el solo disponer mi espíritu á la creación literaria, como si pro-

nunciara una fórmula cabalística cuya virtud no conozco; como si despertara un fiero cuyos instintos ignoro.

Entreveo á veces una idea grande, una imagen nueva y genial que pasa por mi espíritu; y, francamente, experimento una especie de pánico. Me acontece algo análogo á lo que siento cuando, en mis excursiones de caza, veo pasar por entre los troncos de los árboles ó entre las yerbas, una hermosa pieza. Yo retengo la respiración, pongo en tensión los nervios para hacer imperceptibles mis movimientos, clavo los ojos en la pieza como para fascinarla, ó no la miro, mientras monto lentamente y con esfuerzo el arma, para no ahuyentarla con los ojos... Y todo eso me apresura la circulación, me altera el pulso, me desvía por fin, el tiro, ó, muy á menudo, me lo deja en el cartucho, mientras yo miro levantarse la pieza, y salvar el monte, y perderse en la gloria del aire como un resucitado.

Una perdiz me parece del tamaño de un buitre; el rumor de sus alas un terremoto.

Mis grandes ideas andan por sus cielos azules; y no me resuelvo á disparar sobre ellas, para bajarlas á la tierra, por que las creo siempre fuera de tiro; espero el momento que no llegará nunca.

Y siento el vértigo de mirar mucho hacia arriba, hacia lo muy hondo.

Mis centros afectivos, yo no sé porqué, están como un reloj descompuesto en el que la cuerda desarrolla toda su fuerza de una vez, y se escapa

con estrépito disparatado en cuanto se separa la llave que la contiene. Las consecuencias se escapan juntas y en tropel de cada premisa; los desenlaces de los dramas se amontonan en cada exposición.

¡ Las tempestades afectivas que sacuden á veces este vaso de agua de mi corazón! ¡ Los efectos que producen en él las más pequeñas causas: una frase musical con recuerdos, una narración vulgar!

¿ Es porque el corazón es demasiado grande?

¿ Porque es muy pequeño?

¡ Vaya Vd. á saberlo!

Acaso hay en mí un desequilibrio ingénito; acaso también lo ha producido la vida, y solo se curará viviendo... ó después de vivir.

El alma ha vivido en mí más que el cuerpo hasta ahora; ha sentido, ha padecido más que él; no sabe dormir con él; lo vela como si fuera un niño enfermo.

¿ Quién sabe también si todos los hombres no sienten algo de todo eso que yo siento, y no nos lo dicen porque no quieren ó porque no pueden?

¡ Si yo pudiera saber á ciencia cierta cómo son por dentro los demás hombres!

Los médicos (porque ya les he hablado de esto) me han dicho que la mía es la enfermedad de nuestra época; y, acaso por consolarme, me han afirmado también que los tontos no la padecen. ¡ Si serán tontos!

Yo, hablando aquí *inter nos*, no creo á pie juntillas tampoco lo que nos cuentan los médicos de

esas cosas. Ellos estudian demasiado el ojo y poco la mirada.

— Vd. no tiene nada, me han dicho; tome duchas y haga ejercicios de esgrima. Y, sobre todo, no piense mucho, no trabaje demasiado; el exceso de pensamiento es enfermedad.

No me ha ido mal con ese consejo; pero creo que las duchas serían más eficaces si nos fuera dado ducharnos el alma y moderarle por ese medio los afectos. Y en cuanto al segundo consejo, el del pensamiento á cucharadas ó á dieta, me hace recordar el que te daba á ti aquella tu vieja criada de Montevideo, cuando te veía aterrorizada por los truenos y los relámpagos durante las tempestades. No tenga miedo, te decía cariñosamente, no tenga miedo; mire que yo se, de buena tinta, que los rayos caen con preferencia sobre los que tienen miedo.

Algo, pues, de todo eso sentía yo, al penetrar al túnel de San Gotardo. Se desbordaba sobre mi espíritu toda su historia, y, con ella, la de los esfuerzos del genio humano en nuestros días por descubrir los secretos del mundo físico, y que equivalen á los más grandes hechos anteriormente por descubrir ó precisar los del mundo moral. Tras los genios de las ciencias metafísicas, aparecen los de las naturales. Santo Tomas es más grande que Edison, porque la tierra es más pequeña que el cielo.

Entre la Europa central y septentrional y la meridional se interponía, al parecer inmovible, el gigante de los Alpes del que descienden tres de los grandes ríos del continente: el Rhin, el Reno y el Tesino.

Cuatro pueblos lo miraban de alto abajo: la Francia, la Alemania, la Italia y la Suiza. El genio y el monte se miraban de hito en hito. El primero arrojaba su luz sobre la mole colosal, buscando el sitio en que debía herirla de muerte. La montaña hundía su base en las entrañas de la tierra, esperando el ataque; endurecía su seno jamás tocado; cultivaba en él los gérmenes de enfermedades, hijas de la falta de aire respirable y de luz, que habían de acabar con el audaz obrero que se atreviera a penetrar en él; ocultaba sus crestas en las nubes; amontonaba nieve en su cabeza, y hasta desfiguraba su soberbia actitud, para desviar la dirección del golpe que contra ella se preparaba.

Mucho se vaciló sobre el sitio en que debía abrirse el túnel. Los intereses encontrados y los cálculos científicos se chocaban al respecto: la mole del Lukmanier, sobretodo, atrajo mucho tiempo la atención.

Pero por fin, previo un tratado internacional, se señaló la mole del San Gotardo para ser horadada, y comenzó la lucha.

El pensamiento del hombre envolvió en luz aquel monte: sus cumbres, sus faldas, su perímetro, su mismo seno misterioso ya no tenían secretos para él. Se estudia el corazón de un monte en una

pedra, cómo se estudia el de un hombre en una gota de sangre.

¡Aquí! dijo la Ciencia, señalando con el dedo un punto de la montaña.

¡Aquí! dijo del otro lado, a una distancia de 14,998 metros en línea recta del primer sitio marcado.

Y el 13 de Setiembre de 1872 se daba el primer golpe a ambos lados del coloso de piedra; y los obreros emprendían el viaje oscuro al través de la roca, los unos al encuentro de los otros. Llevaban como norte exterior la sombra impenetrable, y, como único medio de abrirse camino en medio de ella, la dinamita que estallaba, haciendo pedazos el corazón de la montaña.

Fue una lucha de ocho años. ¡Y qué lucha!

Los obreros trabajaban desnudos a la luz de las antorchas; el calor insoportable, la falta de aire los estenuaba, los mataba: parecían sombras. Ciento setenta y nueve obreros fueron extraídos muertos de aquel campo de batalla en que también cayó el general, el arquitecto del túnel, que murió repentinamente en él de una afección cardíaca. Un millón doscientos mil kilogramos de dinamita estallaron en el seno de la roca.

Y nadie cejaba: siempre los de un lado seguían al encuentro de los que, desgarrando el monte, debían venir hacia ellos desde el lado opuesto.

¡Qué hermosa es esa odisea de la sombra! ¡Qué poema se oye en el fondo de ese agujero!

¿Se encontrarían los viajeros?

Un milímetro de desviación al iniciarse la ruta, haría imposible el encuentro, una vacilación, un cálculo erróneo, un golpe en falso.

Yo me imagino la impresión que experimentarían aquellos hombres cuando, el 29 de Febrero de 1880, á las 11 y 15 de la mañana, en el corazón del monte, sin aire, sin luz, acaso sin fé absoluta en el poder del genio que les señalaba el camino, sintieron sus mútuos golpes á ambos lados del último trozo de piedra que los separaba.

Este se derrumbó por fin, y el aire del Norte se fundió por primera vez con el del Mediodía, circuló libre por aquellos quince mil metros de una nueva creación, y los hombres de uno y otro lado se estrecharon, entre transportes de alegría y de victoria.

Allí, después de la colosal batalla, todos eran vencedores; el único vencido era el gigante de piedra que ofrecía al mundo el corazón atravesado.

Por él cruzaba yo el 3 de Junio con la rapidez del tren expreso. Y era tal mi estado de ánimo que, al contrario de lo que yo esperaba, me parecieron cortos los veinte minutos que el tren empleó en atravesar el túnel: cuando salimos de este, yo me preparaba á cruzarlo. Es ese un fenómeno análogo al que se produce al entrar por primera vez á la basílica de San Pedro. Se la encuentra pequeña. Yo encontré corto el túnel de San Gotardo.

Y es que la realidad material, por mas grande que

ella sea, jamás alcanza al poder que tiene el espíritu humano al formarse idea de lo grande; jamás satisface sus creaciones y sus anhelos. ¡Qué prueba tan evidente ofrece ese fenómeno común de que no está en el mundo el objeto final de nuestro espíritu!

Esa potencia de la esperanza en el alma no ha sido creada sin objeto. Hay un ideal de verdad, de belleza, de felicidad que atrae hacia arriba, siempre hacia arriba. Cuanto más se sube, más se anhela subir, porque la realidad material es siempre pequeña.

Si no está, pues, en la tierra eso que nos llama ¿dónde está?

¡Oh inmortalidad! ¡Oh Patria!

Pero si hemos admirado en nuestro viaje los arcos triunfales levantados por los esclavos de la antigua Roma para dar paso á Septimio Severo y Tito y Constantino, césares vencedores, admiremos este arco triunfal de San Gotardo, levantado por el genio y los obreros libres de la edad moderna para dar paso al triunfante espíritu humano que atraviesa las montañas en pos de su eterno anhelo de felicidad.

Subamos; marchemos hacia arriba: en lo alto está eso que buscamos.

Hoy vamos por las cumbres; casi ya no tocamos la tierra para andar rápidamente. Mañana acaso nos desprenderemos por completo de ella, y salvaremos las distancias por el aire mirando como

enanos los montes que hoy consideramos gigantes. Cuanto más á prisa caminemos, tanto más se achicará el espacio, tanto más pequeña será la tierra, más incapaz de contenernos. Si llegáramos á realizar una carrera de una rapidez infinita, seríamos como Dios : estaríamos al mismo tiempo en todos los puntos de la línea que recorriéramos. Eso es imposible porque somos limitados; tenemos que estar *sucesivamente* en los distintos puntos de la línea. Pero esa consideración nos sugiere clara la idea de que, cuanto más de prisa andemos, más nos acercaremos al Ser ante el cual el espacio y el tiempo son sólo nombres; al Ser que no se mueve, pues, por el solo hecho de ser infinito su movimiento, como lo son todos sus atributos, dejaría de ser tal, para transformarse en inmovilidad soberana, en ubicuidad misteriosa.

Progresar es acercarse á Dios.

Al salir el tren á la nueva luz, después de cruzar el San Gotardo, yo oí conmovido el silbido de la locomotora como un grito de victoria.

Ese grito, en las cumbres de los Alpes, glorificaba al Señor en las alturas y anunciaba paz á los hombres.

Era el eco espléndido de los cantos aéreos de aquella aurora material y moral que alumbró un día los campos de Palestina : — Gloria á Dios y paz á los hombres : á los hombres de buena voluntad.

PARIS

¡Que te envíe impresiones de París!

No es chica dificultad. Hace ya varios días que ando de ceca en meca por esta ciudad y, francamente, no veo claro. Por eso no te he escrito.

Y no es porque no haya sol : gozamos de unos días primaverales ; la luz envuelve las cosas, y nos las envía á los ojos y al alma empapadas de alegría. Pero eso mismo hace que se muevan demasiado dentro de nosotros, y sobretodo en esta ciudad en la que, si hay algo característico, está diluido en el conjunto que gira y se renueva sin cesar. Este modelo no se está quieto.

El que viene á París crée, muy á menudo, que, desde que pone el pie en esta gran capital, ya va á encontrarse con sorpresas ó cosas extraordinarias.

Sucede, y tiene que suceder todo lo contrario.

Se concibe que se hallen sorpresas en ciudades que, como Sevilla, Toledo, Roma, Verona, Granada, Asís, tienen la eterna novedad de su pasado.